



Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo

Basílica de San Francisco

La Paz, 29 de junio de 2025

Quisiera agradecer a Mons. Percy por darme la oportunidad de poder celebrar este día la Fiesta de San Pedro y San Pablo, en esta bella Iglesia de San Francisco. Hoy Domingo, día del Señor, nos reunimos alrededor del altar, para celebrar su presencia en medio de la asamblea de creyentes; presencia que la encontramos en su Palabra y en el Pan eucarístico. Nada puede superar la grandeza de una santa Misa, en la que la Asamblea, en fraterna unión se encuentra con Cristo, vivo y verdadero. Por ello, la santa Eucaristía es la fuente y el culmen de todo culto al Dios vivo; por ello, con fe viva hacemos fiesta, nos alegramos y elevamos nuestra oración cada domingo en comunidad eclesial unida y fraterna.

Y con esta alegría celebramos a los principales pilares de la Iglesia universal: Pedro y Pablo, príncipes de los Apóstoles y columnas de la Iglesia y cuyo testimonio refuerza nuestra fe. Son, entre otros, dos valientes mártires en su fe y en su amor incondicional por Cristo; por Él sufrieron el martirio: Pedro sobre la cruz y Pablo bajo la espada. Pedro y Pablo, completamente fieles al Maestro crucificado y resucitado, van a Su encuentro y así el testimonio martirial de ambos los une en Roma y de aquel testimonio crece la Iglesia y crece y se fortalece en lugares siempre nuevos, en medio de los pueblos y de las Naciones.

La tradición de la Iglesia asocia esta solemnidad a la figura del Papa, Vicario de Cristo, Sucesor de Pedro, al mismo tiempo, Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano y Sumo Pontífice de la Iglesia Universal.

Este año llegamos a esta Solemnidad con dos acontecimientos que han conmovido a nuestra Iglesia y al mundo entero. El deceso de nuestro amado Papa Francisco y la elección del 267 Sucesor de Pedro en la persona del Cardenal Robert Francis Prevost, que hasta el pasado 8 de mayo, fue Prefecto del Dicasterio para los Obispos. Así dolor y gozo, muerte y resurrección se han entrelazado como signo de la estrecha comunión que existe entre de la Iglesia que camina en esta tierra y aquella ya triunfante en el cielo.

Vivimos así la serena pero firme certeza que nos llega de la fe y es que la Iglesia no quedará nunca sin un puente que la mantenga unida a su Cabeza, Cristo, no obstante los esfuerzos de Satanás por dispersarla y hacerla desaparecer.

Así lo aseguró Jesús a Pedro: “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribarte como trigo, pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc, 22,31-32). ¡Qué realidad más real y qué seguridad más firme para el que se fía de la palabra del Maestro!

Los títulos con los que reconocemos al Sucesor de Pedro y que acabamos de enumerar, no son motivo de vanagloria para el elegido, sino de una profunda humildad y responsabilidad. Las palabras del Papa León XIV, el 18 de mayo, así lo atestiguan: “Fui elegido sin tener ningún mérito y con temor y trepidación vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor de Dios, que nos quiere a todos unidos en una única familia”.

Inmediatamente después de su elección, ante la multitud abarrotada en la Plaza de San Pedro y ante los ojos del mundo entero, ha impresionado gratamente su serena sonrisa y evidente humildad, su sencillez y cercanía que ha arrancado también en nosotros lágrimas de emoción y de inmediata empatía con su persona.

En aquel mismo momento, manifestó ante la multitud que lo escuchaba las dos dimensiones de su misión: la unidad y al amor, porque Dios nos quiere unidos en una única familia. Este es, pues, el gran deseo del Papa León, “ver a una iglesia unida, una Iglesia que camina, una Iglesia que busca la paz, y la caridad, que busca siempre de estar cerca especialmente de aquellos que sufren” (Primer saludo del Papa, 8 de mayo de 2025). Con profunda emoción nos llegó a decir: “¡Esta es la hora del amor! La caridad de Dios que nos hace hermanos entre nosotros es el corazón del Evangelio y, con mi predecesor León XIII hoy podemos preguntarnos si este criterio prevaleciera en el mundo ¿no cesaría enseguida toda disensión y no volvería quizás la paz?” (Enc. *Rerum novarum*, 20). Es aquella paz que encontramos en el Evangelio de hoy, es aquella que deseó el Resucitado a los Apóstoles: “¡La paz esté con ustedes!” y que era una

directa advertencia a Tomás, que con sus palabras había señalado una seria discrepancia con los demás Apóstoles.

Hace dos semanas tuve la posibilidad de saludarlo personalmente en nuestro encuentro durante la celebración del Jubileo de los Nuncios en Roma. En esa ocasión le pedí sus oraciones y bendiciones para el pueblo de Dios que camina en Bolivia al que asintió gustoso recordando sus visitas previas a Bolivia antes de ser nombrado Sucesor de Pedro.

Queridos hermanos, los Apóstoles Pedro y Pablo nos enseñan con su vida y su mensaje a ser puentes en la tierra entre Dios y los hombres. No solo el Papa crea puentes, ya que el Papa Francisco, nos invitaba a que seamos puentes y no construyamos muros, el decía “es más fácil construir puentes que construir muros”. Es por eso que los invito a que unidos como hermanos en el amor de Cristo, salgamos de esta celebración litúrgica con el firme propósito de ser fermento de concordia en nuestras familias, en nuestras fuentes de trabajo, en nuestras comunidades y que las diferencias de pensamiento y de ideales en como construir la comunidad no sean una justificación para tomar las armas y enfrentarnos los unos a los otros. Eso no viene de Dios. Como católicos y seguidores de Cristo estamos llamados a ser testigos de amor de Cristo y no a destruirlo.

Este año en el que se celebra el bicentenario de la independencia, debe ser un motivo de reflexión para todos y de análisis de la historia para no repetir los mismos errores, sino que, aprendiendo de ellos, se pueda construir una nación más fuerte que vele por el bien común y que tenga como base la justicia, la solidaridad y la fraternidad para construir una sociedad de paz. Una sociedad así no puede ser construida sin la participación de todos sus hijos, que, con sabiduría, prudencia y amor al prójimo, se den la tarea de buscar siempre los caminos que llevan a un equilibrio entre las fuerzas que imperan en la sociedad.

Unidos como hermanos en el amor de Cristo, hagamos sentir al Papa León que no está solo, que hacemos nuestras sus exhortaciones y llamamientos a seguir la voz de Cristo, que pasó por el mundo haciendo solo el bien, todo el bien.

Por eso, como “peregrinos de la esperanza”, unidos como hermanos en el amor de Cristo, caminemos cogidos de la mano de María, Reina y Señora, caminemos hacia Dios, amándonos unos a otros.

No dejaré de reiterar al Santo Padre, como ya lo hice hace quince días, la cercanía y afecto de esta amada Bolivia.

Dios bendiga a su Iglesia, al Papa, a todo el pueblo boliviano, a sus familias, pero, sobre todo, el Señor bendiga sus corazones que es donde está el verdadero tesoro, que es Dios y de dónde salen todas las intenciones. Así sea.

✠ Fermín Emilio Sosa Rodríguez
Nuncio Apostólico